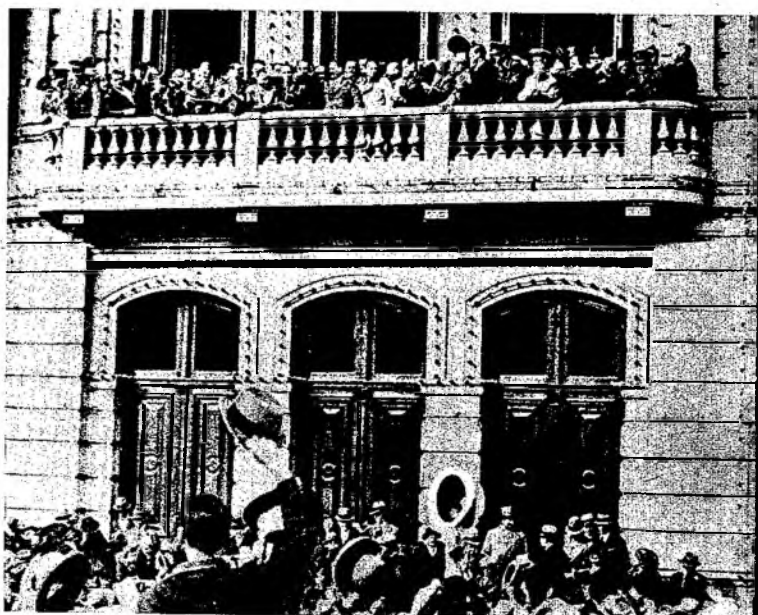


CARLOS ALBERTO FLORIA
CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE

HISTORIA DE LOS ARGENTINOS

2



AVISO LEGAL: ESTA INFORMACIÓN PUEDE SER UTILIZADA PARA FINES EDUCATIVOS EXCLUSIVAMENTE

K EDITORIAL
KAPELUSZ
Moreno 372 • Buenos Aires

Imposición del liberalismo

Tras la disolución de las autoridades nacionales y del pacto de “neutralización” de Urquiza, Buenos Aires había recogido la bandera que había perdido en Caseros, y se disponía nuevamente a dictar su política al resto del país. Bartolomé Mitre iba a ser no sólo el inspirador de esa política, sino también su ejecutor. Desde la revolución de setiembre había ido elaborándola pacientemente y en los críticos días anteriores y posteriores a Pavón había logrado imponerla a sus comprovincianos. En verdad, era más la política de Mitre que la de Buenos Aires, todavía enceguecida por los arrebatos segregacionistas y el resentimiento hacia los provincianos.

El hombre era capaz de hacerlo, como lo fue de sortear múltiples obstáculos en una de las carreras políticas más largas que conoció la República, pues su actuación se prolongó hasta el fin mismo del siglo. Nacido en 1821, militar de carrera y literato por vocación, incursionó en la poesía y la novela, cultivó el ensayo e hizo del periodismo político su mejor modo de expresión. Como militar cultivó el arma más técnica y moderna —la artillería— lo que es un indicio de su modalidad. Otro es que entre el fragor de la acción política, se sumergió en la historia y escribió la *Historia de Belgrano* (1857-59), una de las obras más notables de la historiografía argentina.

Estos datos bastan para definirlo como un político de nuevo cuño. Sensible como hombre, como político era frío y sereno. Aferrado a sus principios, pero con una alta dosis de realismo que le daba una notable flexibilidad política. Así, mientras fue capaz de sacrificar su prestigio local en 1861 y de su pronunciamiento principista de 1874, también fue el hombre de las conciliaciones, las colaboraciones y los acuerdos: con Urquiza en 1861, con Sarmiento en 1873, con Avellaneda en 1877 y con Roca en 1892.

Mitre había resumido su programa en el lema “Nacionalidad,



Arquetipos de la clase dirigente de Buenos Aires, que espejan el carácter y la moda de su tiempo: doña Adela Bustamante de Giménez [óleo de Prilidiano Pueyrredón] y don Manuel Ocampo [según el retrato realizado por el mismo artista].

Constitución y Libertad”: una Nación unida, eminente, superior a sus partes; una Constitución federal, garantía de los derechos de esas mismas partes; libertad política y civil. ¿Qué libertad? La concebida por el liberalismo de entonces: libre juego de las instituciones, libertad de crítica, eliminación del caudillaje autocrático que impedía a los pueblos expresarse libremente, libertad que nacía de la “civilización” y que imponía combatir la “barbarie”, para usar términos de Sarmiento. En suma, era el *estilo nuevo*, dispuesto a desalojar al estilo viejo de nuestro escenario político.

El programa mitrista suponía la existencia de un *orden liberal* en la República para desarrollarse armónicamente, lo que significaba que exigía como tarea previa crear ese orden, removiendo la mayoría de las situaciones provinciales manejadas por los federales. Dada la debilidad de los movimientos liberales del interior, no quedaba otro recurso que provocar el cambio por la acción directa o indirecta de las fuerzas militares, puestas al servicio de los *principios*. Este procedimiento ponía a los liberales en una especie de contradicción interior, pues mientras sostenían el principio de la libertad de los pueblos se disponían a derribar regímenes que gozaban del consenso de las poblaciones para imponerles otros, creados desde afuera y apoyados en minorías más o menos exiguas. Pero resolvían la contradicción creyendo —o al menos argumentando— que aquellos pueblos habían sido sumidos en una suerte de mino-

ridad que les impedía elegir libremente, y que primero debían ser libertados, darles acceso a la cultura política, para que luego pudiesen elegir conscientemente el sistema de su predilección.

Así, la acción a desarrollar iba a ser considerada por los liberales una misión libertadora y civilizadora, en tanto que los pueblos del interior iban a ver simplemente en ella la prepotencia de Buenos Aires, imponiendo a las provincias hombres y estilos ajenos para mejor sojuzgarlos.

El general Mitre no quiso operar sobre el interior mientras no tuviera asegurada una base de poder en el litoral. Para ello promovió una revolución en Corrientes que derribó a Rolón, ocupó la ciudad de Santa Fe, y nombró gobernador a Domingo Crespo; pese a alguna momentánea tentación, respetó el dominio de Urquiza en Entre Ríos, convertido en un aliado pasivo.

La revolución liberal cordobesa del 12 de noviembre de 1861 constituyó la única demostración de fuerza de los liberales del interior, pues los Taboada permanecían inactivos en Santiago. Cuando Mitre envió al general Paunero con una división del ejército sobre las provincias, éste llegó a Córdoba para encontrar un partido Liberal dividido por las apetencias del poder. Paunero ofició de árbitro e impuso como gobernador provisorio a su segundo, el coronel Marcos Paz, tucumano liberal. Al avanzar sobre las demás provincias, fueron cayendo sin resistencia los gobernadores federales. Saá, Nazar, Videla, Díaz, se exiliaron y Cuyo pasó a los liberales Barbeito (San Luis), Molina (Mendoza) y Sarmiento, quien había acompañado la expedición como auditor, con el expreso designio de obtener la gobernación de San Juan que reclamaba a Mitre desde el día siguiente a Pavón.

En el norte, Antonino Taboada derrotó en *El Ceibal* al gobernador tucumano Gutiérrez, que fue reemplazado por Del Campo. El gobernador de Catamarca renunció para evitar la invasión, el de La Rioja, Villafañe, se pronunció por Mitre. Sólo Salta quedaba en pie para los federales, pero Marcos Paz, abandonando el difícil gobierno de Córdoba fue a Tucumán como comisionado nacional y logró un acuerdo pacífico (marzo 3 de 1862) entre los gobiernos de Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero y Salta, renunciando el gobernador de esta última, Todd, que fue reemplazado por Juan N. Urriburu.

El éxito de Marcos Paz hubiera puesto final feliz al proceso de los reemplazos, si no hubiera sido porque el general riojano Ángel Vicente Peñaloza, apodado el Chacho, se rebeló contra la

pasividad de Villafañe. Había luchado veinte años antes por la federación contra Rosas y volvía a hacerlo contra las tropas de Buenos Aires. Trató de invertir la situación tucumana pero las fuerzas de esa provincia le rechazaron en *Río Colorado* (febrero 10 de 1862) y poco después fue batido por las tropas porteñas en *Aguadita* y *Salinas de Moreno* (marzo), siendo fusilados los oficiales prisioneros por orden de Sarmiento, convencido que civilizaba si no "ahorraba sangre de gauchos". Nuevos combates menores, casi siempre favorables a Buenos Aires, pusieron a Peñaloza en una situación desesperada y demostraron que la montonera gaucha, falta de recursos, no podía medirse con las fuerzas de línea. Pero al mismo tiempo, Paunero se fue convenciendo que Peñaloza era el único hombre capaz de poner orden en La Rioja y que era posible conseguir su adhesión. Con ese fin nombró una Comisión Mediadora, a cuyas instancias cedió Peñaloza, quien el 30 de mayo, desde *La Banderita*, declaró su sometimiento a las autoridades nacionales y se comprometió a pacificar la provincia.

Paz de
La Banderita

Entretanto, Mitre había sido encargado por las provincias de reunir el Congreso Nacional y de manejar las relaciones exteriores. Convocó a elecciones y el 25 de mayo se reunió el nuevo cuerpo legislativo, con amplia mayoría liberal, que encargó a Mitre el ejercicio provisional del poder ejecutivo nacional.

Restablecimiento
de las autoridades
nacionales

En junio, Mitre podía halagarse de la pacificación de todo el país, pero la paz del interior fue precaria. En marzo de 1863 Peñaloza, convencido de que el gobierno nacional se proponía tiranizar a las provincias, se sublevó nuevamente, e invitó a Urquiza a imitarle y asumir la dirección del movimiento. La rebelión riojana no estaba inspirada sólo en la resistencia a Buenos Aires o a doctrinas liberales que no importaban demasiado. La provincia, como sus hermanas cordilleranas, se debatía en la miseria. Afloraba un descontento profundo y se hacía responsable al nuevo gobierno nacional de una situación que distaba de ser simplemente política y cuyas causas eran anteriores y complejas. Sin embargo, la falta de auxilios que Peñaloza esperaba del gobierno central, la falta de comprensión de la situación riojana y las presiones políticas, se conjugaron para animar su rebelión y la de sus comprovincianos.

Segundo
alzamiento
de Peñaloza

Mientras Urquiza respondía con el silencio a la invitación del Chacho, Mitre se dispuso a realizar una "guerra de policía" y encargó a Sarmiento su conducción política, acto riesgoso en quien conocía las pasiones que animaban al sanjuanino. Rápida-

mente convergieron sobre Peñaloza las fuerzas nacionales conducidas por Paunero, quien venció a los rebeldes en *Lomas Blancas* (mayo 20). Peñaloza se desvió sobre Córdoba, pero fue nuevamente batido en *Las Playas* (junio 28). Propuso entonces negociaciones, pero Paunero —irritado por el escaso fruto de la paz anterior— las rechazó. Menos las iba a aceptar Sarmiento, quien en la guerra además de los objetivos generales buscaba la reparación de las muertes de sus parientes, sacrificados por los hombres de Peñaloza. Vencido otra vez en *Puntillas del Sauce*, Peñaloza se refugió en Olta, donde fue tomado prisionero por los nacionales y ultimado por el mayor Irrazábal.¹

La muerte de Peñaloza no iba a asegurar la paz por mucho tiempo, pues las condiciones que habían impulsado el alzamiento no habían desaparecido. Las levas para la guerra contra el Paraguay provocaron motines y desertiones, pues los provincianos no querían ir a pelear. Las guerras del Chacho iban a tener un eco tardío en 1866 con la “rebelión de los colorados” que estalló en Mendoza y se extendió a casi todas las provincias cordilleranas, poniendo en aprietos al gobierno nacional en momentos en que se libraba una guerra internacional. Videla en Mendoza, Felipe Saá en San Luis, y Felipe Varela en Catamarca, asumieron la conducción del movimiento, que triunfó en *Luján de Cuyo* y *Rinconada del Pocito* (enero 5 de 1867). El gobierno nacional declaró traidores a los revolucionarios y retiró 3.500 hombres del frente del Paraguay. El mismo Mitre regresó al país. Por entonces, Juan Saá había asumido la dirección de los rebeldes. Por fin Arredondo lo derrotó completamente en *San Ignacio* (1º de abril). Casi simultáneamente (10 de abril), Varela era deshecho por Antonino Taboada en *Pozo de Vargas*, con lo que terminó la rebelión.

Rebelión de los colorados

Todo este período se caracterizó por una extrema agitación en las provincias, producto no sólo de las reacciones federales, sino de las luchas entre las distintas fracciones liberales y de los enfrentamientos personales. Renuncias, motines y conatos constituyen

¹ Sarmiento en carta a Mitre del 18 de noviembre de 1863 en la que le anuncia la muerte de Peñaloza, 12 de ese mes, y dice que ha “aplaudido la medida” por que la ley sólo existe para los que la respetan. Mitre le contestó felicitándole por la conclusión de la guerra y guardando un silencio total sobre la ejecución del Chacho, pero al mismo tiempo le ofreció un cargo diplomático. Posteriormente (25 de diciembre) Mitre le escribió “... no he podido prestar mi aprobación a tal hecho. Nuestro partido ha hecho siempre ostentación de su amor y respeto a las leyes y a las formas que ellas prescriben; y no hay a mi juicio un solo caso en que nos sea permitido faltar a ellas, sin claudicar de nuestros principios”. En *Correspondencia Sarmiento-Mitre*, Museo Mitre, Buenos Aires, págs. 261.

la historia provincial de aquellos años. Como saldo hubo numerosas intervenciones federales, el gobierno de Córdoba quedó en manos de opositores al gobierno nacional hasta que en 1867 Félix de la Peña, nacionalista, asumió la gobernación. En el norte, los cuatro hermanos Taboada y su primo Absalón Ibarra constituyeron una especie de dinastía que, adherida al régimen liberal, constituía la más sólida y recalcitrante supervivencia del sistema que el liberalismo había querido desterrar. Manuel Taboada era el jefe del equipo y Antonino su brazo armado. Extendieron su influencia sobre Catamarca, La Rioja, Tucumán y Salta y dominaron en Santiago del Estero casi un cuarto de siglo.

Este panorama político interno se veía seriamente agravado por la ausencia del presidente Mitre que había asumido la conducción de los ejércitos aliados en la lucha contra Paraguay. Sus vistas personales, opiniones y consejos, enviados desde el lejano frente de guerra, no contribuían a facilitar la tarea del vicepresidente. Sólo la capacidad de Marcos Paz pudo sortear la suma de inconvenientes acumulados, y que muchas veces le hicieron perder la paciencia y le llevaron a presentar su renuncia reiteradamente. Llegó a decirle a Mitre que

si fuese legislador prohibiría la salida del primer magistrado de mi patria como está dispuesto en casi todos los pueblos civilizados.

Y agregó:

Los pueblos quieren ser mandados por aquel que tiene mejor derecho a mandar. Usted fue elegido canónicamente por el pueblo argentino para gobernar y no para mandar un ejército.²

Es indudable que si Mitre hubiese permanecido en el país al frente del gobierno, otro hubiese sido el desarrollo de los sucesos y hubiesen habido menos conmociones. Pero el Presidente tenía una razón para asumir el mando aliado: que las tropas argentinas no estuviesen conducidas por un jefe extranjero, y ser la cabeza militar de la alianza. Era una cuestión de prestigio, pero encubría una razón de política internacional, pues revelaba la necesidad —sentida por Mitre— de no ceder posiciones frente al Brasil, apenas menos riesgoso como aliado que como adversario.

² Archivo del general Mitre, tomo vi, pág. 183. Citado por Ricardo Levene en Academia Nacional de la Historia, *Historia Argentina Contemporánea*, vol. 1, 1ª sección, cap. "Presidencia de Mitre", pág. 22.

Sólo a la muerte de Paz (enero 2 de 1868), se resignó a entregar el mando supremo militar al general brasileño Marqués de Caxias y reasumir la presidencia, que salvo el lapso entre febrero y julio de 1867, había abandonado el 17 de junio de 1865. Pese a tantas dificultades, al terminar su mandato en octubre de 1868, había logrado su propósito de construir una Argentina políticamente liberal.

Administración y política

Encargado Mitre por el Congreso del ejercicio provisorio del poder ejecutivo nacional, convocó a elecciones presidenciales. Dominadas todas las provincias, salvo Entre Ríos, por el partido Liberal, no sorprende que Mitre haya sido electo por 133 votos sobre 156 posibles, pues hubo 23 electores que no sufragaron. La elección de vicepresidente fue disputada entre Marcos Paz y Taboada, pero el primero, prestigiado por su misión de paz en el norte, logró 91 votos contra 16 de su oponente.

Elección
presidencial
y ministerio

Inmediatamente después de asumir el poder, en octubre de 1862, Mitre constituyó su ministerio: Guillermo Rawson, sanjuanino, para Interior; Rufino de Elizalde, porteño, para Relaciones Exteriores; Dalmacio Vélez Sársfield, cordobés, para Hacienda; los tres, senadores nacionales. Para Justicia, Culto e Instrucción Pública designó a Eduardo Costa y para Guerra y Marina a Juan Andrés Gelly y Obes, que le había servido en igual cargo durante su gobierno de la provincia de Buenos Aires.³

Este ministerio —con excepción de Vélez Sársfield— fue extraordinariamente estable, pues se mantuvo hasta que, en ocasión de las elecciones de renovación presidencial, renunciaron Elizalde y Costa, reemplazados por Marcelino Ugarte y José Evaristo Uriburu. En los últimos meses, Mitre volvió a llamar a los renunciantes al gabinete e intentó nombrar a Sarmiento en reemplazo de Rawson.

Aun antes de su elección, y siguiendo en esto el antecedente de Urquiza, Mitre procuró la federalización de Buenos Aires en toda su extensión. La Legislatura porteña rechazó la sugestión. Mi-

³ Para los devotos de las interpretaciones generacionales agregamos estos datos sobre las fechas de nacimiento de los integrantes del gobierno: Mitre nació en 1821, Rawson en 1821, Elizalde en 1822, Costa en 1823, Gelly y Obes en 1815. Sólo Vélez Sársfield, nacido en 1800, pertenecía a una generación distinta y fue pronto reemplazado por Lucas González, nacido en 1829. En cuanto a Ugarte y Uriburu que integrarían brevemente el gabinete, nacieron en 1822 y 1831, respectivamente.

tre buscó entonces una solución transaccional que se materializó en la Ley de Compromiso, por la cual las autoridades nacionales residirían en Buenos Aires, quedando la ciudad bajo la jurisdicción provincial hasta que el Congreso nacional dictara la ley definitiva sobre la Capital, convenio que tenía cinco años de duración.

El proyecto mitrista había definido mejor que ningún otro la línea nacional de su autor y fue en esta ocasión que se concretó la ya insinuada división del partido Liberal, fundando Adolfo Alsina el partido Autonomista.

División del
Partido Liberal

El hecho de que el nuevo gobernador de Buenos Aires, Mariano Saavedra, perteneciera al mitrismo, facilitó el buen entendimiento entre las autoridades nacionales y provinciales, condenadas a vivir en curiosa superposición. En 1866 Adolfo Alsina conquistó la gobernación porteña y poco después cesó la ley de Compromiso, pero Marcos Paz, en ejercicio de la Presidencia, invocó el derecho del gobierno nacional de residir en cualquier punto del territorio y continuó ejerciendo sus funciones desde Buenos Aires, con el consentimiento de Alsina, a quien se había acercado políticamente.

No faltaron intentos de hacer de Rosario la capital de la República —proyecto de Manuel Quintana— pero la cuestión no se concretó porque Mitre vetó la ley en los últimos días de su presidencia, por considerar que tamaña reforma correspondía a su sucesor. Sarmiento dejó dormir el problema, que sólo tuvo solución violenta en el año 1880.

Correspondió a Mitre —pese a las complicaciones políticas y bélicas de su gobierno— realizar una intensa labor administrativa, especialmente hasta el año 1865, en que su alejamiento del gobierno y las atenciones de la guerra internacional provocaron una disminución del ímpetu creador.

Obra
administrativa

El colapso de la Confederación durante la presidencia de Derqui obligó a rehacer varias de las obras realizadas o comenzadas durante la presidencia de Urquiza. La primera de estas tareas fue la reconstitución de la Corte Suprema de Justicia y la organización y procedimiento de los tribunales nacionales. Tuvo Mitre el acierto de llamar a integrar el supremo tribunal a hombres ajenos a su línea política: Valentín Alsina —que no aceptó—, José Benjamín Gorostiaga y Salvador M. del Carril, a quienes acompañaron los doctores Carreras, Barros Pazos y Delgado. La Corte se negó a actuar como consejera del gobierno, estableció su competencia e inició una jurisprudencia de alta calidad jurídica que le dio sostenido prestigio.

La Constitución había previsto la unificación de la legislación fundamental del país, pero la tarea aún no había sido emprendida. En este período se adoptó para la Nación el Código de Comercio de Buenos Aires —obra de Acevedo y Vélez Sársfield—; se encomendó al primero de ellos la redacción del Código Civil, obra monumental terminada en cinco años, que el Congreso aprobó a libro cerrado y fue promulgada por Sarmiento en 1869, y encargó a Carlos Tejedor la redacción del Código Penal.

La enseñanza secundaria fue atendida, siguiendo las líneas del gobierno de Urquiza. Se reestructuraron los colegios nacionales existentes y se crearon otros en varias provincias. Poco se pudo hacer en materia de enseñanza primaria, obra que correspondería a la administración entrante.

El problema del indio, entretanto, se había agravado. Las tierras conquistadas por la expedición de Rosas se habían perdido progresivamente y desde 1854 los malones avanzaban cada vez más sobre estancias y poblaciones. Las guerras civiles primero y la del Paraguay después habían obligado a desguarnecer de tropas las fronteras interiores. Por ello, el plan originario de Mitre de llevar la ocupación nuevamente hasta los ríos Negro y Neuquén no encontró ocasión de realizarse y quedó en proyecto hasta el año 1879.

Mitre pensaba que la verdadera frontera contra el indígena la constituía la ocupación efectiva y en propiedad de la tierra, y decía que los indios habían recuperado las tierras de los enfiteutas pero no habían podido ocupar la tierra de los propietarios. Rawson, a su vez, hablaba de la “frontera de hierro” constituida por el ferrocarril, con lo que coincidía en la necesidad de una colonización real del desierto. Por eso vieron satisfechos que la inmigración europea superaba las previsiones oficiales y sorprendía dada la agitación reinante en el país. Era una inmigración espontánea que se radicó principalmente en Buenos Aires y en menor medida en Santa Fe y Entre Ríos. Para ella el gobierno no previó ningún régimen especial en materia de tierras ni en ningún otro orden. Una excepción a esta característica fue la inmigración galesa que, debidamente planeada, se estableció en 1865 en el valle del Chubut, donde subsistió pese a sus padecimientos iniciales.

No fue este el único momento en que el gobierno dirigió su atención hacia la Patagonia. El comandante Piedrabuena exploró ampliamente la región, afirmando la soberanía argentina y se dictó

una ley declarando federales los territorios no incorporados a las provincias, previendo la ocupación de nuevas regiones.

Llegado el año 1866, el problema de la sucesión presidencial comenzó a agitar el ambiente político. El general Urquiza surgió como el candidato natural del partido Federal. Los autonomistas propiciaron la candidatura de su jefe, Adolfo Alsina. El partido Nacionalista se inclinaba por Elizalde. Otros dos ministros, Rawson y Costa eran candidatos potenciales, y no faltó quien alentara la candidatura de Marcos Paz, pese al impedimento constitucional.

La sucesión
presidencial

En un primer momento Elizalde se veía favorecido por las provincias cuyanas y todo el norte argentino que respondía a la influencia de los Taboada, con lo que reunía casi la mitad de los electores. Alsina contaba con Buenos Aires y Santa Fe y Urquiza con Córdoba, Corrientes y Entre Ríos. Pero el vicepresidente logró que Taboada le transfiriera el apoyo que había dado a Elizalde, con lo que llegó a contar en su haber con 58 electores posibles.

La imprevista muerte de Marcos Paz restableció parcialmente las perspectivas de Elizalde, en tanto que Alsina mejoraba su situación a costa de Urquiza. Para éste, Alsina encarnaba las peores corrientes del porteñismo, por lo que se manifestó dispuesto a entenderse con Elizalde, pero no se pusieron de acuerdo sobre el candidato a la vicepresidencia. En esas circunstancias, y cuando Elizalde parecía ser el hombre de las mayores posibilidades, Lucio V. Mansilla lanzó la candidatura de Domingo F. Sarmiento, entonces ministro argentino en los Estados Unidos. Esta candidatura había surgido en los campamentos militares en el Paraguay, a espaldas del Presidente, y respondía a la idea de superar el antagonismo entre porteños y provincianos, consagrando a un político provinciano que gozaba de gran predicamento en Buenos Aires.

Consultado Mitre por Gutiérrez sobre los candidatos, respondió desde Tuyú-Cue el 28 de noviembre de 1867 con un "programa electoral" —mal llamado testamento político— donde proclamaba su prescindencia en favor de los distintos candidatos liberales. Descalificaba Mitre la candidatura de Urquiza por estimarla reaccionaria, pese a lo cual anunciaba que sólo le opondría su autoridad moral; también se pronunciaba contra el candidato autonomista, aunque reconocía que esa candidatura tendría validez si fuera ratificada por una mayoría. Luego pasaba revista a los demás candidatos liberales y concluía que el mejor sería aquel que reuniese el mayor número de votos espontáneos. De no ser consagrado por

esa vía, decía, sólo dará origen a su derrota o en caso contrario a un gobierno raquítico y sin fuerza, y en último término, frente a Urquiza, sólo daría lugar a un gobierno de compromiso. Si el partido Liberal no era capaz de proceder correctamente merecería su derrota

pues para escamotear la soberanía del pueblo, desacreditando la libertad y desmoralizar el gobierno dándole por base el fraude, la corrupción o la violencia, ahí están sus enemigos que lo harán mejor,

La negativa de Mitre a apoyar un candidato desorientó a Elizalde. A la vez los militares entre quienes había surgido la candidatura de Sarmiento se consideraron en libertad de proceder. Arredondo promovió revoluciones en Córdoba y La Rioja para asegurar la orientación de los respectivos electores. Por vez primera, el ejército, o al menos alguno de sus miembros destacados, se convertían en un factor político, utilizando la fuerza de la institución en la contienda electoral. Lo curioso de este caso es que tal procedimiento se da al margen de la voluntad del jefe del Estado.

Era la primera vez que se daba en el país una auténtica contienda electoral presidencial. Cuando las provincias cuyanas se inclinaron por Sarmiento, hasta entonces candidato sin partido, pero cuyas posibilidades crecían, Alsina consideró oportuno llegar a un acuerdo con sus sostenedores. De ese acuerdo surgió la fórmula Sarmiento-Alsina, que prestó al sanjuanino todo el apoyo del partido Autonomista y de los electores porteños. Llegado el momento de la elección, Sarmiento obtuvo 79 votos —electores de Buenos Aires, Córdoba, todo Cuyo, La Rioja y Jujuy—, Urquiza 26 —Entre Ríos, Santa Fe y Salta— y Elizalde sólo 22 votos de Santiago del Estero y Catamarca, lo que vino a demostrar, aparte del fracaso de los Taboada en su zona de influencia, la pérdida de prestigio del partido Mitrista, como consecuencia de las agitaciones interiores y de los sacrificios impuestos por una guerra impopular. Para la vicepresidencia, Alsina logró 82 votos contra 45 de Paunero, candidato nacionalista.

La política exterior y el mundo americano

Cuando Bartolomé Mitre asume la presidencia en octubre de 1862, las relaciones argentinas con las potencias europeas pasan por un período de amistad y calma. Con la misma España se man-

España y
la nacionalidad

tienen buenas relaciones que permiten rever parcialmente el tratado de paz firmado por la Confederación. En éste, Alberdi había admitido como principio de la nacionalidad el *jus sanguinis*, según el cual un nativo seguía la nacionalidad de sus padres, principio hartamente peligroso para un país que necesitaba de la inmigración y que ya entonces tenía dos tercios de extranjeros en la población de su ciudad más populosa. Mitre encomendó a Mariano Balcarce la revisión de ese aspecto del Tratado y, por uno nuevo firmado en setiembre de 1863, logró el reconocimiento del *jus soli*, que establece que la nacionalidad es la del lugar de nacimiento.

Estas buenas relaciones, que no excluían intensas vinculaciones comerciales en las que Gran Bretaña ocupaba un destacadísimo lugar, eran el indicio no sólo de que los gabinetes europeos habían abandonado la política de fuerza practicada tres lustros antes, sino de que Argentina estaba entrando en una nueva etapa de su desarrollo nacional donde sería más independiente políticamente de Europa y desarrollaría su proyecto nacional según cánones propios, vuelta sobre sí misma y sobre los estados vecinos.

En la medida en que disminuye la gravitación europea, aumenta la importancia de los países americanos en la determinación de una política internacional. En consecuencia, es oportuno establecer cuáles eran las líneas básicas en que se movían esas naciones.

Los *Estados Unidos*, después de su guerra con México y de su colosal expansión hacia el Pacífico, se habían visto envueltos en la guerra de Secesión, donde no sólo se jugaba el futuro de la esclavitud en el país, sino que se oponían los Estados industrializados del norte a los Estados rurales del Sur, y los criterios progresistas y liberales de los primeros contra la mentalidad tradicionalista de los segundos. Esta guerra no careció de resonancias internacionales y obligó al presidente Lincoln, vencedor final en la contienda, a desentenderse de muchos otros problemas, en particular aquellos referentes al resto del continente americano.

Esta circunstancia fue aprovechada por Francia, donde la restauración napoleónica había insuflado nuevas tendencias imperialistas, a tentar suerte en *México*, donde apoyó al sector conservador, que con la adhesión de la Iglesia trataba de recuperar el poder que había pasado a manos del movimiento liberal, cuya cabeza era Benito Juárez. Se proponía Napoleón III establecer en México un antemural católico y latino a la influencia sajona y protestante de los Estados Unidos, del que Francia fuera el protector. Así nació bajo la protección de las armas francesas el Imperio de

El panorama
americano.
Estados Unidos

Liberales
y conservadores
en Latinoamérica

Maximiliano que no pudo vencer la resistencia juarista. En 1866, habiendo terminado Estados Unidos su guerra civil, comenzó a terciar en el problema mexicano, apoyando a los liberales republicanos. Francia, que veía a la vez complicarse el horizonte europeo (guerra austro-prusiana) optó por retirarse y librar a Maximiliano al apoyo conservador, lo que determinó su derrota y fusilamiento.

La imposición del liberalismo en México distaba de ser un fenómeno aislado en América. Si tras las guerras de emancipación, seguidas de procesos anárquicos, había sucedido en casi todos los países regímenes de tipo conservador, frecuentemente autocráticos, la estabilidad o el progreso de aquellas sociedades y los excesos de los gobiernos comenzaron a generar hacia la mitad del siglo el debilitamiento de aquéllos y el alza de los regímenes liberales.

Ya hemos visto cómo se impone el liberalismo en Argentina. También en *Venezuela* se derrumba el conservadorismo hacia 1850 dando lugar a un liberalismo federalista y anticlerical. Lo mismo ocurre en *Colombia*, donde los liberales gobiernan desde 1850 y desde 1861 a 1880 lo hace el ala extremista del partido. En *Chile*, el conservadorismo gobernante, progresista en lo económico y cultural, transa hacia 1861 con los liberales iniciándose así una transición que diez años después daría a Chile el primer presidente liberal, Zañartú. Incluso el Imperio del *Brasil* ha alternado en el gobierno elementos conservadores y liberales, pero a partir de 1863 estos últimos se aseguran en el gobierno que les pertenecerá hasta después de la guerra de la Triple Alianza, cuando la influencia del duque de Caxias inclinará otra vez la balanza hacia los conservadores.

Esta revisión nos permite inscribir el cambio operado en Argentina en 1861-2 dentro de un movimiento continental pro-liberal. Los únicos países que se han sustraído a ese proceso son Bolivia, Perú y Ecuador. *Bolivia* se gobernó en esta época sobre la base de un poder militar, que se apoyaba circunstancial y alternativamente en elementos oligárquicos o populares. *Perú* respondió de 1845 a 1875 a una plutocracia conservadora que basaba su sistema económico en la explotación del guano y que se caracterizó por cierta corrupción administrativa que desembocó en contiendas civiles. *Ecuador*, por fin, conoció bajo la égida de García Moreno (1860-75) una dictadura conservadora y católica, progresista en lo económico y afrancesada en lo cultural.

América había crecido considerablemente en los últimos años. Brasil tenía 10.000.000 de habitantes, México era el país más poblado de la América española, Colombia frisaba los 3.000.000 de habitantes, Perú tenía 2.600.000, Chile 2.000.000 y Venezuela 1.800.000. La República Argentina apenas igualaba las cifras de este último Estado al promediar la década del 60. El aporte inmigratorio recién empezaba a hacerse sentir y por lo tanto nuestro país era uno de los menos poblados de América. También la vida económica de estas naciones había tomado cierto vuelo. Chile comenzaba su desarrollo minero, Perú vivía del guano, Colombia comenzaba su desarrollo cafetero, Paraguay exportaba bajo monopolio estatal tabaco y yerba mate. La producción agropecuaria argentina estaba todavía centrada en la exportación de productos del ganado bovino y ovino. Latinoamérica era en su totalidad exportadora de materias primas cuyo principal comprador era Gran Bretaña. Los intereses e influencias de los Estados Unidos eran variados según las regiones del continente y se debilitaban hacia el extremo sur, en tanto que el desarrollo industrial francés daba lugar a un marcado acrecentamiento de sus relaciones comerciales con América latina.

Potencial
de América

Hacia 1856 y a causa de las actividades del pirata Walker en América Central, se firmó un Tratado Continental entre Perú, Chile y Ecuador, tendiente a fomentar la unión hispano-americana y a enfrentar la agresión europea. Cuando en 1861 los dominicanos decidieron reincorporarse a España, Bolivia se incorporó al Tratado, y sus firmantes convinieron en promover una gran alianza latinoamericana a través de un Congreso que se reunió en Lima, al que concurren aparte de las naciones ya nombradas, Venezuela, Colombia y Guatemala. Los organizadores excluyeron expresamente a los Estados Unidos:

El hispano-
americanismo de
las naciones
del Pacífico

Nada político —explicaba el boliviano Medinacelli— era mezclar en el asunto a la América Inglesa cuyo origen es distinto, cuyos intereses son igualmente distintos y, quizá, opuestos a los nuestros, cuyo poder colosal, sobre todo, es temible. ¿A qué mezclar al fuerte, cuando se trata de asociar a los débiles para que dejen de serlo?⁴

La alianza estaba dirigida a contener a Europa y cuando el gobierno argentino recibió la invitación la rechazó (noviembre de 1862) afirmando que respondiendo el proyectado Congreso a un

Identificación
con Europa
y repudio del
panamericanismo

⁴ Citado por J. Pérez Amuchástegui en *Más allá de la crónica* en la revista "Crónica Argentina", n° 52, pág. LIV.

antagonismo hacia Europa, el mismo no era compartido por el gobierno argentino, pues la República estaba identificada con Europa en todo lo posible.

Además de esta respuesta oficial, podemos juzgar la posición argentina a través de las cartas personales en que Mitre censuró a Sarmiento su participación en el citado Congreso a título personal. Tras calificar al Congreso de pamplina, señalaba que se había invitado al Brasil y excluido a los Estados Unidos, sin los cuales frente a Europa “nada podía hacerse, al menos en los primeros tiempos”. Luego, examinando el americanismo como doctrina decía:

... la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían su vida propia, y debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas, o pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación. Que era tiempo que ya abandonásemos esa mentira pueril de que éramos hermanitos, y que como tales debíamos auxiliarnos enajenando recíprocamente hasta nuestra soberanía. Que debíamos acostumbrarnos a vivir la vida de los pueblos libres e independientes, tratándonos como tales, bastándonos a nosotros mismos, y auxiliándonos según las circunstancias y los intereses de cada país, en vez de jugar a las muñecas de las hermanas, juego pueril que no responde a ninguna verdad, que está en abierta contradicción con las instituciones y la soberanía de cada pueblo independiente ni responde a ningún propósito serio para el porvenir.

Y tras afirmar que era una “falsa política americanista que está muy lejos de ser americana” agregaba:

Pretender inventar un derecho público de la América contra la Europa, de la república contra la monarquía, es un verdadero absurdo que nos pone fuera de las condiciones normales del derecho y aun de la razón.⁵

Si la posición del Congreso Americano, según Medinacelli, es el antecedente de un americanismo sin los Estados Unidos, que tomó impulso en este siglo después de la diplomacia del *big stick* de Teodoro Roosevelt, la posición de Mitre, que en su fondo es eminentemente pragmática, también refleja varias constantes de la política exterior argentina: en primer lugar subraya el predominio de la relación Argentina-Europa, que va a mantenerse sin interrupción desde su gobierno hasta el de Yrigoyen en el plano

⁵ *Correspondencia Sarmiento-Mitre, ob. cit.*, págs. 347 y 350.

político y casi permanentemente en el plano económico, aunque desde la Primera Guerra Mundial acrecerá la relación con los Estados Unidos en detrimento paulatino de las potencias europeas. Pero no se agota ahí la posición de Mitre; al desahuciar al americanismo como forma de acción política común y formular el principio de “bastarse a sí mismos” y auxiliarse según “las circunstancias y los intereses de cada país” estaba afirmando una verdadera autarquía nacionalista —que enraiza en el particularismo de la praxis federal— antecedente cierto del futuro aislacionalismo argentino frente a las demás naciones americanas y uno de los elementos integrantes de la “política de no intervención” defendida por nuestra cancillería en este siglo.

Identificación con Europa y autarquía nacionalista no eran, al parecer de Mitre, términos incompatibles. Los países americanos no podían ofrecer por entonces nada concreto al interés argentino, mientras que Europa era la fuente de su comercio, de los capitales, de los inmigrantes que el país necesitaba y de la cultura que practicaba. Y en la opción práctica que realizaba parecería que Mitre intuía otra constante de la política americana —la acción común del “grupo del Pacífico”— cuando hacía referencia en otra parte de los documentos citados a la necesidad del apoyo norteamericano para una “política del Atlántico”.

Conforme a este planteo, y teniendo presente las dificultades crecientes de la situación uruguaya, complicada por la intervención de Brasil y Paraguay, Mitre se desentendió de la guerra que como consecuencia de la ocupación de las islas Chinchas y el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española, se desató entre Chile y Perú por un lado y España por el otro. No terciaron en el conflicto los demás participantes del Congreso Americano, lo que en cierto modo ratificó la opinión de Mitre sobre la inoperancia del americanismo que, según él, ya se había manifestado en el caso de las Malvinas, en la agresión anglo-francesa contra la Confederación, en la intervención francesa en México y en el incidente entre Paraguay y Gran Bretaña.”

“ No sería pecar de suspicaces suponer que también influyó en la neutralidad de Mitre en ese conflicto el hecho de que los países que participaban de la “política del Pacífico” eran, precisamente, aquellos que en el plano interno mantenían una política adversa al movimiento liberal que se iba imponiendo en el continente y del que Mitre participaba. Este hecho pudo haber formado parte de “las circunstancias y los intereses” considerados. Lo exponemos como una simple hipótesis.